

Introducción catastrófica y un poco de Historia

En los 90, se publicó¹ un par de ediciones de la primera versión de las *Castellanopatías* en esta misma Editorial EUNSA. El librito –no era más que un divertimento de pocas páginas– llevaba el subtítulo de *Enfermedades del castellano de fin de siglo*. De eso hace pues, 30 años. Sus capítulos, tal cuales eran son, pero con alguna modificación obligada por la *nueva normalidad* lingüística imperante y dadas las circunstancias. Al leer esos capítulos podemos observar que poco nuevo bajo el sol.

No sé si estamos peor que entonces. En cuanto al castellano, me refiero.

En esta reedición ampliada pretendo mantener el estilo desenfadado de aquella primera aproximación a las muchas tonterías que hacemos con nuestra lengua, el último gran capital que le queda a nuestra pobre España.

El *último gran capital que nos queda*, he dicho.

¿Y eso?

En mis clases de Historia del Mundo Contemporáneo en Bachillerato (que abarca más o menos desde mediados del XVIII has-

1. ¿Se publicó o se publicaron un par de ediciones? Ya empezamos...

ta nuestros días), mis alumnos y yo asistimos algo compungidos al espectáculo de la desaparición de nuestro país en la escena internacional. Menos mal que en algunas ocasiones dimos la talla ante el francés, ante el inglés... Refiriéndome a estos dos últimos siglos, pienso que las editoriales españolas de libros de texto incluyen por pudor unas pocas referencias a España, sobre todo para hablar de la independencia de nuestras américas (asunto que tampoco es que sea relevantísimo en lo que a la Historia mundial se refiere. Sí, bueno, nacen unos países muy respetables, pero poco más. Y eso fue gracias a que estábamos entretenidos con Napoleón).

Durante las revoluciones liberales del XIX asomamos un poco la cabeza en la de 1820, con quien quizá haya sido el más nefasto rey de nuestra historia, Fernando VII, *el Deseado* –ya ves tú-, que bien se encarga de hundirnos en el fango, después del ridículo que hizo con Napoleón. En las alianzas políticas europeas desde la época de Bismarck, España ni está ni se la espera. Isabel II hace después lo que puede, la echan, I República, guerras carlistas...

Cuando empieza la carrera colonial, España ni tiene imperio, ni tiene hueco: hace mutis por el foro perdiendo vergonzosamente Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Marianas, Carolinas e incluso Cagayán de Joló (que, aunque no estaba en los papeles, también se perdió). Para entonces nos queda una semiabandonada y desatendida Guinea Ecuatorial con sus islas de Fernando Poo, Elobey, Annobón y Corisco (que resulta ahora que tiene petróleo y los que mandan son ricos, el país no) y el Protectorado de Marruecos. Como dirían mis muchachos: *Pedazo imperio*.

Siguen los acontecimientos del XX: Primera Guerra Mundial, URSS, felices 20 (nosotros, en plena dictadura de Primo), Crac del 29, Paz Armada, Segunda Guerra Mundial... ¡Ah!, espera: nuestra *megagloriosa* IIª República y la Guerra Civil, es verdad. Plan Marshall, desarrollo europeo; EE. UU., primera potencia mundial; Japón, que *se sale* después de la guerra... Y España, cuando muere

Franco, no se sabe cómo, en 1975 figura entre las 10 primeras economías mundiales.

[Pausa. Se sabe perfectamente cómo, pero no es políticamente correcto reconocer la verdad y atribuir el mérito a quienes lo tienen, que fueron varios, no solo él. Podrían multarme según la última ley de memoria histórica o como se llame en este momento, y uno no está para multas. Por lo tanto: todo se hizo mal, muy mal y muy fascista todo desde 1936 hasta 1975. Lo verdaderamente importante es ver qué hacemos con eso que está cerca de El Escorial que tiene una cruz muy grande, o quién gana Masterchef, o estar atentos a ver con quién rompe Fulanita. Y en lugar de preocuparnos por memeces como la natalidad, la familia, las pensiones o disminuir el paro, lo importante es que los niños decidan que son niñas, o que los abuelos dejen de molestar. Y por favor, que me perdonen los sanedrines de la corrección política].

... no se sabe cómo —decía— es la 9ª potencia económica mundial. Después, ya nos apuntamos a todo tipo de cosas como la OTAN, a pesar de que *de entrada, no*; a la UE, y demás instituciones interesantísimas que tanto nos han beneficiado y beneficiarán como hasta ahora en temas de pesca o agricultura. Ente otros.

Y aquí estamos. Transcurrido casi un cuarto de este siglo XXI, en plena pandemia por el o la Covid19, sabemos varias cosas:

Una, que en Europa seguimos sin pintar nada; nos torear. (Pero ahora que los toros están tan mal vistos y la *fiesta nacional* va a desaparecer por culpa del *maltrato animal*, además de ser viejuna y de derechas, habrá que buscar otra locución para la metáfora).

Dos, que si no nacen más niños, si no se fomentan las ayudas y se protege a la familia, pronto hablaremos en árabe o en rumano o en una dulce mezcla de acentos sudamericanos.

Tres, la clase política... Pero eso, ahí lo dejo.

Cuatro y último. Que solo nos queda el Quijote, pero no nos lo merecemos. Es una forma de decir que en cuanto a capital se

refiere, a *marca España*, a huella en el mundo, solo nos queda el idioma.

Y lo tratamos a patadas.

Y no tenemos espíritu crítico. Y nos tragamos cualquier estupidez venida del inglés o del neolenguaje pomposo, falso y manipulado o de la simple pobreza que viene de que aquí no lee nadie ni por error. Y los que menos, los periodistas, los subtituladores de series y los tertulianos de la radio.

Y de eso, de las patadas al castellano, tratan estas páginas.

Ojalá provoquen algo más que una sonrisa y nos lleven a reflexionar en cómo usamos el lenguaje. Ya que ahora² –desde los goles de Iniesta y de Puigdemont³– hay tantas banderas en las mascarillas, en el coche, en el cinturón, en las pulseras, en las ventanas, pongamos una bien grande en las inteligencias. Por favor.

2. No me gustan demasiado las notas a pie de página, pero sirva esta para aclarar que estas líneas se escribieron en un momento en que por diversas circunstancias, como la pandemia de 2020-21, se colgaban banderas nacionales en los balcones.

3. Dentro de unos años, nadie sabrá quién es ese señor. Eso es lo bueno de la Historia: que pone a cada uno en su sitio. Para el lector no español o el lector del futuro quiero decir que no, no era un futbolista y que quizá no merezca la pena acudir a Wikipedia para saber quién era.